

EL FÉNIX CARTAGINÉS.

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO,

ARTÍSTICO, DE ADMINISTRACION É INTERESES GENERALES.

DIRECTOR: D. FRANCISCO ARRONIZ Y THOMAS.

Año I.

Cartagena 4 de Mayo de 1879.

Núm. 18.

SUMARIO.

HISTORIA DE LOS MANUSCRITOS DE LA ANTIGÜEDAD, por E. Menechet.—Poema: MONSEÑOR TADLIBER.—Segunda parte: LA CONFESION DE UN OBISPO.—Canto segundo EL COMUNISTA, por D. Francisco Arróniz y Thomas.—Novela: LA TORRE-CIEGA, leyenda-tradicional, por el mismo.—Mosáico por Asdrúbal.

HISTORIA DE LOS MANUSCRITOS DE LA ANTIGÜEDAD.

(Conclusion).

VI.

En la época anterior al descubrimiento de la imprenta, los manuscritos de la antigüedad fueron muy buscados y codiciados por los sabios.

Los más raros eran al mismo tiempo los más estimados y más queridos, como hoy lo son las ediciones más viejas. El amor á los manuscritos se hizo notable. Se empeñaban bienes y hasta se les vendía por obtener un manuscrito precioso.

La venta ó solamente el préstamo de un libro parecía cosa de tal importancia, que se les registraba solemnemente en actos públicos.

Y no era siempre el mérito de la obra el que determinaba el precio del manuscrito. Por el préstamo de uno de Avicenas un baron ofreció dar en garantía diez marcos de plata, y se rehusó su ofrecimiento, porque tal suma no podía compensar la pérdida de semejante manuscrito.

Una condesa de Anjou pagó por otro libro doscientos carneros, algunas pieles de marta y cien medidas de trigo; en fin, el rey Luis XV, tan absoluto como era, no pudo obtener de la biblioteca de la facultad de Paris los manuscritos de Rasis, es-

critor árabe, para deducir una copia, sin dejar en prenda cien escudos de oro, y su tesorero vendió una parte de la joyería real para efectuar el depósito.

Llegaron los manuscritos á hacerse artículos importantes de comercio, y demuestra su elevado precio el que los judíos los prefiriesen como garantías de sus préstamos usurarios. Un sabio á quien el fuego habia arruinado, reedificó su casa con el precio en venta de dos pequeños volúmenes de Cicerón.

La rebusca de manuscritos llegó á hacerse con un ardor y una perseverancia sin ejemplo. Todos los buenos literatos de Europa se pusieron á buscar algun escritor perdido, para dar al mundo un clásico más. Largas expediciones, remotos viajes, penosas investigaciones, no disminuyeron el entusiasmo de algunos fervientes adoradores de la antigüedad. Las ruinas de la Grecia, los restos de los monasterios, fueron investigados con tanto cuidado como si en ellos se encerraran ricos tesoros.

Se deseaba ver, en la correspondencia de los sabios italianos de aquella época, sus mútuas felicitaciones, cuando el descubrimiento de un ignorado ó perdido manuscrito emocionaba á toda la república de las letras.

El florentino Poggio, visitando un viejo monasterio, exploró la biblioteca y nada encontró que fuera digno de su atención. Antes de retirarse penetró en una ruinosa torre donde encontró un cofre roto, sucio y carcomido; ocurriósele abrirlo y entre un monton de andrajos aperebió una porción de hojas de pergamino próximas á quedar destruidas: apoderóse de ellas, llevóselas y cuando estuvo solo con su conquista conmovióse de alegría. Aquellas hojas próximas á podrirse eran un riquísimo tesoro.

¡Contenían las obras de Quintiliano!

«Oh victoria inmensa! Oh inesperada dicha, le escribía su amigo Aretino; yo os suplico, mi querido Poggio, que traigais ese manuscrito lo más pronto que os sea posible; quisiera verlo ántes de morir!»